

EL OBSERVADOR EN LA TRIBU (Los tratadistas extranjeros y la historia española)

Julio Arostegui

Universidad Complutense de Madrid
(julioar@eucmax.sim.ucm.es)

1. Presencia del hispanismo

Con reiterada insistencia, y casi desde siempre, en los medios historiográficos españoles, y en otros ambientes culturales conexos, se ha ponderado la importancia que la aportación de historiadores u otros tratadistas extranjeros ha tenido en los tiempos recientes para el conocimiento de nuestra Historia y para la reflexión sobre aspectos del «ser de España» que no siempre la propia mirada autóctona fue capaz de clarificar en la justa medida de su trascendencia. Parece como si en el caso de la cultura española el autoconocimiento de carácter histórico y de otros géneros no hubiera sido nunca capaz de agotar en su profundidad las realidades más relevantes.

La cuestión, o cuestiones, derivadas de inmediato de esta realidad se prestan a formular preguntas de no discutible calado: ¿obedece esta decisiva presencia extranjera en la investigación e interpretación de nuestra Historia al interés intrínseco de ésta, a su repercusión internacional, a la atención despertada por esa misma importancia e interés en intelectuales extranjeros? ¿Se trata, por el contrario, de una muestra a tener en cuenta de las carencias culturales y la debilidad de la Historiografía española, que han debido ser complementadas e, incluso, a veces, sustituidas, por esta aportación extranjera? ¿Es posible, en fin, una respuesta al asunto que no pierda de vista ninguna de esas posibilidades expuestas en las dos preguntas anteriores? En definitiva, ¿cuál es el «caso» histórico y cultural español para que en su estudio sea tan notable la presencia de eruditos e investigadores extranjeros?

Como el avisado lector seguramente ha captado ya, se trata de extremos que son de todo menos nuevos en la vida cultural española y

que en la medida que interesan en esta introducción para presentar un número de nuestra revista que se ocupa de la participación del *hispanismo* en la Historiografía española, podrán ser tratados sólo en algunos de los muy numerosos, difíciles e interesantes aspectos implicados en ellos. La historiografía española ha dedicado en estos últimos años algunos esfuerzos al análisis de la presencia y las consecuencias de esta atracción sentida hacia la cultura española en el extranjero y la ha puesto en relación con la productividad misma de los medios académicos españoles en este terreno¹. Pero realmente las noticias que pueden recogerse acerca de esta labor del hispanismo extranjero son abundantes.

El papel de la cultura española, de su importancia y aporte a la cultura universal, de su estudio y conocimiento, dentro y fuera de la propia España y de su interpretación por los extranjeros, son tópicos muy acrisolados que suele ser común retrotraer al menos a la vieja polémica de la Ilustración desatada por Masson de Morvilliers al dudar de la contribución española a la cultura europea y universal y que tiene por nuestra parte como contradictor a Juan Pablo Forner y su Oración². Forner discute la visión de la cultura española que tienen los extranjeros si bien, en este caso, es el reflejo de la posición de un furibundo anti-ilustrado al que molesta que la Ilustración no trate bien a su país. Desde la Ilustración hasta hoy podríamos hablar de la presencia de una «polémica de la cultura española».

Un hito también importante en el análisis de la visión extranjera de la cultura española fue el interesante y clásico estudio de Julián Juderías sobre *La Leyenda Negra*, libro pionero e influyente, en lo bueno y lo malo, para la comprensión de la *mirada del otro* sobre la cultura española. Juderías es un clásico de la defensa de lo español en el extranjero en clave de denuncia de los errores sobre nuestro ser; es un libro de «historia defendida» tomándola desde sus más antiguas manifestaciones.

¹ Ciertamente, desde el hispanismo francés, por ejemplo, se ha hecho mucho más por recoger la historia de los estudios españoles que por la parte española misma. Libros recientes sobre la labor de los extranjeros serán citados más adelante. Reseñemos ahora una reciente reunión en la Casa de Velásquez, de Madrid, donde se ha analizado la recepción de la historiografía francesa en España. Las relaciones culturales y de otras índoles entre España y Alemania o Italia han sido también motivo de publicaciones colectivas recientes.

² Nos referimos al conocido texto *Oración apologética por la España y su mérito literario...* cuya parte final era la *Contestación a la pregunta ¿Qué se debe a España?*, la hecha por Masson de Morvilliers, texto debido al Abate Denina, todo ello aparecido en Madrid, en 1786.

Incide, pues, en la polémica cultural de lo español³. Polémica, por lo demás, cuyo ámbito es más amplio aún, y más universal, que la más conocida y tratada de «la ciencia española»... Y aquella, precisamente, incluye a ésta.

La Ilustración, como sabemos, abominó de la contribución española a la cultura tridentina, contrarreformista, y denigró su posición católica exclusivista, su espíritu inquisitorial y su falta de aportaciones a la ciencia occidental. A lo largo del siglo XIX, el panorama de estas visiones iba a cambiar de forma notable. España y su cultura atravesarían juicios y prejuicios muy cambiantes, que estarían comúnmente presididos no por la imagen de la España denigrable sino por la de algo distinto: la de la España *exótica*. La cultura española quedará encuadrada en estereotipos cambiantes, en modo alguno ajenos a las modas y a las situaciones mismas donde aquellos se generaban. Porque es también una Europa cambiante la que mira a España.

La primera de estas visiones contemporáneas en el tiempo es la que nace a raíz de la invasión napoleónica y de su desenlace. Escasamente se reconoce a España entre los países vencedores de Napoleón, pero se celebra su bravura y su aliento «popular». El pueblo español es mucho mejor tratado por los extranjeros que sus gobernantes, una percepción cuyo acierto es innegable. No pocos memorialistas franceses contribuyeron a propagar esta imagen (entre ellos los mariscales Suchet, Soult y Hugo). La España rebelde a Napoleón será sustituida luego por la España romántica, visión que coincide, justamente, con la construcción dificultosa en el país de un Estado liberal. Se genera la imagen de una España atrasada y exótica en la Europa de la revolución industrial, pero de cultura densa y brillante.

Primero es la España de la guerra civil en la que la aventura del pretendiente Don Carlos y su propia milagrosa Corte no dejan de generar admiración y polémica (Henningsen, Bacon, Mitchell, Chaho). Luego es la España de mezclas étnicas, persistentes costumbres y contrastes entre aristocracia y pueblo que nos presentan los más clásicos

³ La obra *La Leyenda Negra y la verdad histórica* del catedrático Julián Juderías apareció, por vez primera en 1914, y fue un libro muy citado, de forma particular bajo el franquismo, aunque seguramente, como dice Agustín García Simón, mucho menos leído. Libro bien informado, con juicios ideologizados muchas veces, es obra importante de la que hoy se cuenta con una excelente y cuidada reedición a cargo de la Junta de Castilla y León, Valladolid, 1997, gracias a la iniciativa y buen hacer del director de publicaciones de su Consejería de Educación, Agustín García Simón. La expresión «historia defendida» procede de la introducción a este reedición.

artistas románticos que no dejan de tener un modelo en el conde de Chateaubriand. El mito de las dos Españas tiene una notable inflexión por obra de estas miradas foráneas a mediados del siglo XIX. Y es que la construcción de esa España liberal empezará a hacer emerger la figura de la España «negra», la España retrógrada por contraste, mientras que el campo de las percepciones de lo español se amplía también tanto por obra de los primeros viajeros que, o bien como George Borrow vienen a difundir la Biblia, o bien muestran el primer interés verdaderamente científico, como el de Moreau de Jones y su *Statistique de l'Espagne*, tanto como por la resonancia que los propios sucesos españoles —una guerra civil, *pronunciamientos* frecuentes, amagos revolucionarios como el de 1854—. El impulso romántico dará lugar a la imagen y estereotipo de la España *pittoresque* que descubren y pintan un Washington Irving, Prosperè Merimée o Gustave Doré.

La visión romántica, en las letras y las artes, en la cultura popular y en la historia fue la más persistente, la más tópica y la que, seguramente, ha producido las obras más memorables, incluidas las musicales. La España exótica y singular, con su ápice de extraeuropeísmo y de africanidad, vestigio de Oriente incrustrado en Occidente, aviva la propia polémica interna de la *modernidad*, desatada así bien empieza a ser conocida aquí la cultura de la Europa liberal. De manera más o menos directa nace ahí la polémica de la ciencia española, donde, ni que decirlo hay, la visión extranjera y la española europeizante se coloca en el polo negativo, mientras la defensa positiva de una supuesta ciencia española, empresa mucho más benemérita que plausible y convincente, es llevada adelante, sobre todo, por Marcelino Menéndez Pelayo.

Los estereotipos españoles se remansan después inevitablemente en las visiones que enfocan el momento de crisis final del siglo XIX, el Desastre, el regeneracionismo y la literatura del 98. La España del fin del imperio colonial genera otro tipo de entendimientos, los que generalmente reparan en las consecuencias de la ausencia de una *europización*. Y es que el siglo XX español, en líneas generales, va a recibir un trato diferente, en función, cabe decir, de las grandes luchas que por la «modernidad» se sostendrán en el país. El ejemplo arquetípico de ello es el tratamiento que reciben los años treinta y sus crisis, desembocadas en una guerra civil. La guerra civil representa el nacimiento de una nueva España para la visión extranjera. Esto no lo refleja seguramente ningún otro observador —y éste sí que realmente «desde en medio de la tribu»— como Gerald Brenan en su célebre e insustituible, aunque no enteramente suscribible, *El laberinto español*.

La visión de la España de Franco, de una dictadura de casi cuarenta años de duración, al costado de una Europa abismalmente superior en su civilización, desarrollada, liberal y democrática, culturalmente libre y todos los demás extremos presentes al menos hasta la grave crisis europea posterior a 1945 y las dificultades de posguerra, no es sino el resultado de la impresión causada por una guerra civil a la que se llega por la defensa «popular», otra vez como en 1808, de la que se dijera fue «la última gran Causa» por la que mereció la pena combatir en Europa.

El colofón final hasta el momento no es otro sino la universal sorpresa producida por una *transición democrática posfranquista* con casi todos los signos que señalan a un país más moderno y maduro que es capaz —lo que no es nada fácil—, de nuevo en sus mismas entrañas populares aunque ahora también en sus dirigentes, de extraer enseñanzas del pasado⁴ y evolucionar decididamente hacia la homologación social y cultural con su entorno europeo, burlando las no escasas premoniciones de una trágica salida de la dictadura, como trágicos fueron sus inicios.

¿Pueden verse en las propias vicisitudes nada plácidas de la historia contemporánea española las razones que expliquen esta sostenida atención extranjera? Y, de otra parte, ¿es compleja y enigmática esta historia en un grado tal como para que su aclaración, su interpretación y escritura hayan necesitado decisivas aportaciones foráneas? Puede comprenderse que una respuesta sencilla y dirimente no es fácil. Por esto, en las líneas que siguen, la respuesta a la primera cuestión que menciono va a ser prácticamente orillada, mientras la segunda no tendrá tampoco un tratamiento exhaustivo. La primera es máximamente pertinente pero se incardina en una problemática sustantiva acerca de la naturaleza de la Historia española que no es nuestro objetivo aquí. La segunda tiene un carácter que la relaciona más con realidades colaterales: la de la virtualidad misma de la historiografía española. Su respuesta se centrará en el análisis y comentario, en modo alguno exhaustivo

⁴ Aludo a la cuestión, no poco polémica, de si la memoria activa de una guerra civil ha sido un factor verdaderamente *operativo* en el comportamiento del pueblo español en el proceso de la transición. Las opiniones sobre ello están muy encontradas, desde las que mantienen la existencia de un «pacto de silencio» sobre el pasado hasta los que minimizan la importancia de esa memoria histórica. Pueden verse a este efecto P. AGUILAR FERNÁNDEZ: *Memoria y olvido de la guerra civil española*. Madrid, Alianza Editorial, 1996 y un texto de J. AROSTEGUI: «La memoria de la guerra civil en la España de la transición». En W. L. BERNECKER (comp.): *De la Guerra civil a la Transición: memoria histórica, cambio de valores y conciencia colectiva*. Institut für Spanien- und Lateinamerikastudien, Universität Augsburg, 1997. Mesa Redonda. Neue Folge. 9. donde se discuten algunos de los extremos que defiende Aguilar.

tampoco, de lo que ha representado, por qué y en qué momentos, la aportación de nuestros amigos —denominación a la que quiero dar énfasis— *hispanistas* a la elucidación de bastantes «puntos fuertes» de nuestra Historia contemporánea.

Este repaso libremente interpretativo y breve, que sólo pretende servir de pórtico o prólogo a los elaborados trabajos que aparecen a continuación, este comentario a lo que últimamente se ha vuelto a llamar *la mirada del otro*⁵, debe hacerse, a mi juicio, con un acendrado espíritu crítico y autocrítico y, desde luego, con una cierta dosis de «universalismo», inexcusable desde nuestros puntos de vista de hoy. Perspectiva crítica y amplitud de miras son, creemos, las únicas garantías productivas de hacer un enfoque válido de la voluminosa y valiosa, sean cuales sean los reparos posibles, aportación de los extranjeros al conocimiento de nuestra Historia y cultura.

Por lo demás, la posición crítica, autocrítica y universalista es la única posible a la altura de lo que es la Historiografía hoy, en España y fuera de ella, tan distinta de lo que era la disciplina de la Historia en los comienzos mismos del hispanismo. Estas posiciones a las que aludo deben evitar tanto impropios complejos de inferioridad —que aún persisten, sin embargo, en opiniones y dicitrios de ciertos colegas— que tienden a considerar, en línea muy española, que «todo lo extranjero es mejor», olvidando sistemáticamente lo autóctono, como, por el contrario, incondicionales predisposiciones a la autosuficiencia que recuerdan aquella forma de actuar de la Castilla que describiera Machado: «cubierta hoy de harapos/ desprecia lo que ignora...»

2. Hispanismo

La palabra que designa comúnmente la dedicación al estudio de la cultura española en el más amplio sentido es la de *hispanismo*, que parece haber introducido uno de los primeros y de los más importantes de estos hispanistas, el francés Alfred Morel-Fatio a fines del siglo XIX⁶. Fue una designación que pudo tener en su primer momento una referencia de

⁵ Cfr. El interesante y completo libro colectivo dirigido por Ismael SAZ: *España: la mirada del otro*. Ayer, n.º 31, 1998, Madrid, Marcial Pons, donde se recogen estudios acerca del estado presente de los estudios de diversas historiografías extranjeras que se ocupan de España.

⁶ A. NIÑO: *Cultura y diplomacia. Los hispanistas franceses y España, 1875-1931*, Madrid, CSIC-Casa de Velázquez, 1988. El libro más completo sobre el asunto existente hasta el momento.

benévola y amistosa dedicación a lo español, pero pronto derivó hacia el interés erudito que no siempre coincidía con la buena opinión. De ahí que D. Rafael Altamira propusiese en un escrito distinguir entre *hispanistas* o «amigos» e *hispanólogos* o estudiosos de lo español⁷.

Aceptamos esta expresión genérica, que tampoco es de uso general entre los tratadistas extranjeros sino sólo entre los franceses, para designar la dedicación a los estudios españoles. El hispanismo, en tal sentido amplio, no contiene limitaciones ni de épocas, ni de ámbitos ni de temas y es ésa seguramente una de su más reconocidas virtudes, su atención universal a las *cosas de España* que dijera Richard Ford. El hispanismo en sentido estricto, tal como queda perfilado en sus orígenes franceses, tiene como núcleo central propio una orientación básica tendente a captar de manera global algo que va más allá de la Historia, de la Filología, la literatura o las instituciones políticas, culturales o de otro género, para convertirse en una particular visión «interdisciplinar» del país aunque no siempre integrada.

El hispanismo, que tiene un fundamento claramente filológico, pues, y se orienta originariamente hacia el estudio de la *civilización*. Los centros universitarios franceses han llegado a institucionalizar ese hispanismo en el magisterio y los departamentos de «Lengua y civilización española»⁸. En los ámbitos anglosajón, alemán, italiano y demás el hispanismo se ha dirigido, sin embargo, de forma especial hacia lo historiográfico, según el estado en cada caso de las disciplinas historiográficas autóctonas en el país de origen. Es, por ejemplo, notable el caso británico, orientado muy mayoritariamente a la historia política, salvo algunos escarceos tempranos que pueden presentarse en obras como las de J.B. Trend o E. Allison Peers⁹.

La atención a la cultura española acaba centrándose especialmente en las manifestaciones históricas o culturales de la contemporaneidad, las referentes a los siglos XIX-XX, aunque en sus orígenes llamara tanto la atención como ello el momento de la «preponderancia española» seguida

⁷ A tal cosa se refiere Rafael Altamira en uno de sus estudios de crítica historiográfica entre los que compone a fines del XIX y principios del XX que harán de él el más progresivo historiógrafo español del momento, no libre, en todo caso, de algunas reticencias en este terreno del hispanismo. Cfr. R. ALTAMIRA: *De Historia y Arte*, Madrid, Victoriano Suárez, 1898, pp. 213 y ss. El asunto es recogido por A. Niño en la obra citada.

⁸ En ellos trabajan y militan los *civilisationnistes*, que dice J.-R. AYMES, distinguiéndolos de los historiadores *stricto sensu*, en *España: la mirada...*, o.c., pp. 19 y ss.

⁹ Cfr. En términos generales sobre el asunto, aunque no se trate en gran perspectiva temporal, el texto de Sebastian BALFOUR, *ibidem*, 161 y ss.

de la «decadencia» y las manifestaciones de la cultura española en todo el proceso. El interés por las cosas españolas recalaría así en épocas y realizaciones clave como son la Edad de Oro, el reinado de los Reyes Católicos y los primeros Austrias, en la conquista americana y en temáticas de gran atractivo por su singularidad como la Inquisición, los moriscos, el reformismo borbónico o el carácter de nuestra revolución liberal.

Dejando a un lado, por el momento, el análisis de la extensa temática del *hispanismo* hagamos primero alguna observación sobre los diversos hispanismos en función de la procedencia nacional y el ámbito cultural de los autores. En estas observaciones nos remitimos también decididamente sólo al aspecto histórico del hispanismo y sólo a su vertiente limitada a España y no a Iberoamérica, en cuanto éste procede de la obra de historiadores o de «civilizacionistas» que abordan temas de fundamental vocación historiográfica, no literaria, folklórica o antropológica. La propia naturaleza del *hispanismo* y la significación de las figuras muy diversas de los *hispanistas* serían merecedoras, sin duda, de unas largas consideraciones que han de reducirse aquí a algunos comentarios puntuales.

Lo primero a destacar es que ambas expresiones, hispanismo e hispanistas, bajo la referencia común y general a la dedicación al estudio de temas españoles por obra de autores extranjeros, acogen realidades y productos distintos, según hemos apuntado ya. En realidad, el hispanista de estricta observancia que se produce sobre todo en el mundo galo en la primera mitad del siglo XX, y que dedica por completo su actividad a la «civilización española», como hemos visto, se ha diversificado luego con el paso del tiempo hasta llegar a la situación actual en la que los estudios españoles hechos por extranjeros tienen que ser ubicados en ramas muy distintas de las ciencias sociales, de la literatura, las artes plásticas e, incluso, el periodismo.

Es conocido que las grandes aportaciones de los hispanistas proceden de dos ámbitos fundamentales, el francés y el anglosajón, y en este último caso especialmente más de la Gran Bretaña que de los Estados Unidos. Ciertamente, el más antiguo de los hispanismos es el francés y el que puede decirse que ha hecho globalmente hasta el momento mayores aportaciones a la cultura y la Historia españolas siendo el que ha recibido también mayor atención en su estudio y balance por parte de los españoles y sus propios cultivadores¹⁰. En un tono menor queda la

¹⁰ A. NIÑO: *Cultura y diplomacia... o.c.*, y conviene señalar asimismo que la profesionalización de los hispanistas franceses está bastante reglamentada y dispone de los mejores órganos de expresión.

contribución germana y aún más la italiana o la procedente de otros ámbitos algo más exóticos, como el ruso, por ejemplo¹¹, o el japonés y otros. Tampoco huelga hablar de la débil presencia portuguesa —más aún que el caso contrario— en esta empresa.

Mi intención aquí no es, obviamente, hacer ni un repaso ni menos aún un balance detenido de estas contribuciones que pueden seguirse a través de una amplia bibliografía y a las que se dedican justamente los diversos trabajos recogidos en este número de la revista. La pretensión de este texto que es simplemente introductorio se orienta, más que nada, hacia el esbozo de un cuadro impresionista muy general que persigue, eso sí, dar una perspectiva algo más amplia que la mera actualidad y las orientaciones presentes de la investigación —que enfocan nuestros articulistas—. Se señalan así algunas particularidades específicas de estos hispanismos nacionales, por cuanto es cierto que en las principales historiografías nacionales europeas, y al frente de ellas la francesa y la británica, se han desarrollado estudios, orientaciones e, incluso, «escuelas» de hispanistas, con una larga tradición.

El *hispanismo francés* se tiene por el de más antigua trayectoria, seguramente pionera, y marcado también por la especial particularidad de que sus practicantes han sido siempre los más versátiles tratadistas de la cultura española dada su polivalente formación. El erudito francés era, y en buena parte sigue siendo, un cultivador de un amplio campo para el que se necesita una formación académica filológica e historiográfica a la vez. Se trata del historiador en el sentido habitual y amplio de la palabra, interesado en aspectos históricos que van desde la política a la literatura, como, en otros casos, del filólogo, en su acepción clásica también, capaz de abordar asuntos dispares de crítica literaria, lingüística o cultura en el plano antropológico, publicístico o social. Esta polivalencia, manifestada hasta hoy en la figura de los universitarios franceses expertos en «lengua y civilización española», que han trabajado siempre junto a los historiadores de más estricta observancia, así como la larga tradición de estos oficios hispanistas constituyen las mejores explicaciones.

¹¹ He de señalar aquí la interesante, simpática y muy voluntariosa aportación a los estudios españoles que se desarrolló en la antigua URSS en el seno de alguno de los Institutos de la Academia de Ciencias, impulsados por figuras como Svetlana Poiarskaia y otros y los contactos y encuentros periódicos entre historiadores de ambos países propiciado por el CSIC. De ello se dedujeron algunas publicaciones, como la de documentos diplomáticos de ambos países referidos al otro y estudios puntuales presentados en los encuentros en Madrid o Moscú. La desaparición de la URSS ha detenido completamente y por desgracia, por el momento, tales contactos.

seguramente, de la precedencia hegemónica y la fecundidad del francés entre los diversos hispanismos¹².

La tradición hispanista francesa comienza a fines del siglo XIX y es contemporánea de la gran renovación e institucionalización que experimenta entonces la historiografía gala con la irrupción de la mentalidad positivista¹³ y la sacudida general del país y de sus intelectuales como derivación de la derrota ante Prusia. La figura de Alfred Morel-Fatio se ha destacado siempre como el hito originario de esa tradición. La trayectoria del hispanismo francés hasta los tiempos de la II.^a República española cuenta con un buen estudio de conjunto, el de Antonio Niño, ya citado, lo que no es el caso de la historiografía hispanista de otros momentos o ámbitos nacionales.

Los hispanistas franceses, desde sus figuras clásicas que procedían en principio de los estudios filológicos, el mismo Morel-Fatio, Pierre y Gaston Paris, Foulché-Delbosc, Paul Guinard, Ernest Merimée, por citar sólo a algunos muy destacados, acompañados de historiadores como fueron Desdevizes du Désert, Sarrailh, Bataillon o Salomon, han dado ya prácticamente tres generaciones de estudiosos, entre en los que en tiempos más recientes se ha visto militar figuras de la talla de Pierre Vilar, Joseph Perez, Bartolomé Bennassar, Émile Témime, entre otros. Hasta llegar al hispanismo plenamente actuante hoy que sigue, de una parte, consolidando la tradición de los «civilizacionistas», empeñados, sobre todo, en trabajos de historia cultural que nos permitirían citar aquí¹⁴ a colegas como Jean F. Botrel, Jacques Maurice, Carlos Serrano, Serge Salaün, Jean L. Guereña, Paul Aubert, entre otros muchos más, pero que concita también el interés de historiadores especialistas en España entre los que cabría señalar a Gérard Chastagneret, A. Broder, Bernard Vincent, etc.

Algunas de las más destacadas características de esta ya muy prolongada, amplia en su temática, profunda y, en muchos terrenos, descubridora

¹² Unas cualidades a las que seguramente es preciso añadir la existencia ya veterana en España de instituciones culturales francesas muy prestigiosas dedicadas a los estudios españoles entre las cuales ocupa un lugar de privilegio la Casa de Velázquez, fundada en Madrid y edificada en la Ciudad Universitaria, en los años veinte y que hoy tiene el carácter de École des Hautes Études Hispaniques. Es también remarcable el caso de la Maison des Pays Ibériques en Burdeos o el centro creado en la Universidad de Pau bajo el impulso y el magisterio de Manuel Tuñón de Lara. Todo ello complementado además con el elevado número de proyectos de investigación institucionalizados y subvencionados vigentes en las Universidades francesas.

¹³ NIÑO, *o.c.*, 33 y ss.

¹⁴ ¡Bien entendido que sin ánimo exhaustivo alguno!...

o innovadora tarea de los hispanistas franceses, son fáciles de destacar. Podríamos decir, en principio, que los estudiosos franceses se han ocupado prácticamente de todas las grandes parcelas de la historia y la cultura españolas, desde la Prehistoria hasta los más actuales procesos. El hispanismo francés tiene una consolidada tradición en el estudio del siglo XIX¹⁵ y en algunas aportaciones básicas también la Historia Moderna (Bataillon, Sarrailh, Vilar, Chevalier, Vincent). Probablemente es Claude Morange el autor que con más insistencia y acierto ha tratado los orígenes de los procesos revolucionarios del siglo XIX en España y de la nada fácil interpretación de su alcance. El último ejemplo es el Carlos Serrano con sus estudios sobre el nacimiento de ciertos mitos nacionales que han sido reunidos en un atractivo libro¹⁶.

Hay algunos procesos centrales del siglo XIX español que fueron tratados de forma muy pionera por autores franceses. Es el caso de Angel Marvaud y el movimiento obrero español tratado en un libro pionero de amplio alcance y documentación¹⁷ que, como es sabido, preocupó también, junto con otros no menos interesantes cuestiones históricas de su tiempo, al mismísimo Marx así como a Engels y al francés Paul Lafargue, yerno de Marx¹⁸. Ya en pleno siglo XX, las cuestiones sociales españolas interesarían a otro personaje no menos significativo en la historia del obrerismo, Lev Trostki, que visita el país en 1916. En otro aspecto, las nuevas corrientes intelectuales y educativas que aparecen como la alternativa que presenta el krausismo y la contestación de la tradicional cultura católica tienen en Yvonne Turín una destacada y eficaz pionera¹⁹.

En razón de mi propia dedicación personal, yo destacaría de forma especial la contribución francesa al estudio político y cultural también

¹⁵ Véase I. CASTELLS OLIVÁN: «El hispanismo francés desde la historiografía española: ¿Francia, revolución; España, reacción?». En *España: la mirada... o.c.*, 43 ss.

¹⁶ C. SERRANO: *El nacimiento de Carmen*. Madrid, Taurus, 1999.

¹⁷ A. MARVAUD: *La question sociale en Espagne*. París, Alcan, 1910. Hay una reedición moderna en español del Ministerio de Trabajo. Ediciones de la Revista del Trabajo, 1975, con un buen estudio introductorio de J.J. CASTILLO y J.M. BORRÁS.

¹⁸ La conocida y enormemente interesante recopilación de artículos de Karl MARX sobre la vida española en el siglo XIX ha sido recogida en diversas ediciones. La más completa es la que incluye artículos de Marx y también de Engels en *La revolución en España*. Moscú, Editorial Progreso, 1974. De los de Marx existe una edición en *Revolución en España*, Barcelona, Ariel, 1960, reeditada varias veces, con interesantes apreciaciones previas de Manuel Sacristán.

¹⁹ Y. TURÍN: *L'éducation et l'école en Espagne de 1874 à 1902*, Bordeaux, M. des P.I., 1959.

de la España de la segunda mitad del siglo xx, como lo será también la británica con un enfoque más centrado en lo político. Los problemas de la República española, muy diversos aspectos de la guerra civil de 1936-1939 y el régimen de Franco, han sido muy amplia y profundamente tratados por autores franceses. Existen libros auténticamente memorables sobre la guerra española como fue la muy temprana síntesis escrita por Pierre Broué y Émile Témime o las decisivas sugerencias de los estudios posteriores de Pierre Vilar. Acerca del régimen de Franco, bastará con referirnos aquí a libros que se han hecho clásicos como la también temprana *Histoire de l'Espagne Franquiste* de Max Gallo, *Le Franquisme, histoire et bilan* de Jacques Georgel y los más especializados estudios políticos de Guy Hermet sobre la naturaleza del régimen y el papel en él de los católicos.

Pero no sería menos destacable la publicación en Francia de varias de las abundantes biografías de Franco aparecidas en los últimos tiempos —Bartolomé Bennassar, Andrée Bachoud—. Una de ellas, la de Bartolomé Bennassar²⁰, constituye, a mi juicio, el más inteligente, sutil y mejor compuesto conceptualmente de los estudios que se hayan hecho nunca sobre la figura del dictador, muy superior, desde luego, en mi opinión, al remarcable, más voluminoso, publicado algo antes y mejor publicitado en España, del británico Paul Preston²¹.

No debe olvidarse, en fin, otra dimensión muy característica también del hispanismo francés como es la de que algunos de sus autores han realizado también algunas de las mejores síntesis de la Historia española que existen, no limitadas a la contemporaneidad. Este sería el caso del escrito breve pero extraordinariamente sugerente, reeditado múltiples veces, que compuso Pierre Vilar para la colección de bolsillo de las PUF, *Que sais-je?*, y las posteriores de Bartolomé Bennassar, con varias obras dedicadas a la historia y a la interpretación de lo español, seguida de la última de ellas, la de Joseph Perez. Todo ello está acompañado de manuales de historia española dedicados al mundo escolar universitario, como los de Angoustures, Maurice-Serrano o Chastagneret-Témime.

Existe un caso singular en el mundo del hispanismo francés que está relacionado con el magisterio que durante lustros ejerció en aquel

²⁰ B. BENASSAR: *Franco*. Paris, Perrin, 1995. Traducción española en Madrid, EDAF, 1996 (2.ª ed.).

²¹ P. PRESTON: *Franco «Caudillo de España»*. Barcelona, Grijalbo-Mondadori, 1994. Versión española de la edición británica de Harper and Collins de 1993.

país Manuel Tuñón de Lara, desde la Universidad de Pau, en los años sesenta y setenta. No es el momento de descubrir ni la biografía ni la obra de Tuñón de Lara, claro está²², pero sí de señalar que su contribución a la ampliación y a una peculiar orientación del estudio de la España contemporánea desde Francia no puede ser fácilmente aquilatada en su importancia e influencia. La influencia de Tuñón fue decisiva no sólo al formar a un conjunto de discípulos franceses, entre los que querría destacar a Paul Aubert y Jean-Michel Desvois, y trabajar conjuntamente con otros muchos colegas franceses, alumbrando siempre asuntos y metodologías nuevos, sino porque en los difíciles tiempos de la represión cultural y política del régimen de Franco, supo crear en el país vecino un foco de hispanismo —potenciado por los célebres Coloquios de Pau— en el que convivieron españoles y franceses.

Señalemos, para concluir, que el hispanismo francés ha mantenido hasta hoy el prurito y la perspicacia de fomentar progresos conceptuales en el tratamiento de los temas, aperturas del campo y preocupación por incorporar a los estudios españoles hallazgos y procesos provenientes de otros campos de los estudios sociales y culturales. El hispanismo francés no dudó en hacer uso de planteamientos provenientes del estructuralismo, del marxismo, de la teoría literaria o de la antropología, a sus estudios, en una línea y dedicación que le distingue, seguramente, de otros grupos hispanistas nacionales. Análisis estructurales de la literatura —la «literacidad»—, del vocabulario político o de las simbologías, por ejemplo, —los orígenes y uso de la expresión «caudillo» entre ellos—, la idea de sociabilidad aplicada a análisis de asociacionismo, etc, han hecho del hispanismo francés bastante más que narrativa.

Los *Hispanic Studies* en el mundo anglosajón presentan una genealogía distinta. Es cierto que el interés erudito por España tiene una antigua prosapia entre los británicos pero lo es también que antes del primer tercio del siglo XX o, en concreto, antes de la guerra civil de 1936, la atracción de lo español afectó casi exclusivamente a lo cultural y no a lo historiográfico. La tradición de los viajeros ingleses en España es antigua y entre ellos el caso de George Borrow y su viaje de propaganda de la Biblia es excepcional. También es señalable el caso de Richard Ford y su *Manual de España* levemente posterior.

²² Cfr. J.L. DE LA GRANJA, A. REIG TAPIA (comp.): *Manuel Tuñón de Lara. El compromiso con la Historia. Su vida y su obra*, Bilbao, Universidad del País Vasco, 1993. Y también J.L. DE LA GRANJA, A. REIG TAPIA, R. MIRALLES (comp.): *Tuñón de Lara y la historiografía española*, Madrid, Siglo XXI editores, 1999. A ambas ha contribuido el autor de este comentario.

En cualquier caso, el declive de la Monarquía española y de su Imperio colonial a fines del Antiguo Régimen, la invasión napoleónica y la ayuda británica contra ella, así como el consiguiente ambiente cultural del romanticismo, abrió una nueva época en el interés historiográfico que España despertó en las Islas. El caso de Norteamérica es distinto también. España no interesó nunca especialmente en el mundo intelectual norteamericano, aunque no deje de haber excepciones a las que nos referiremos, y el gran desencuentro consecuencia del 98 redujo aún más la relación, siendo de nuevo la guerra civil de 1936 la que abrió otra etapa, brillante sin duda, para el hispanismo norteamericano.

La fuerte tradición historiográfica propia de la Gran Bretaña, que ha sido señalada por S. Balfour, de producir «metahistorias o narrativas de largo alcance», que no excluyen tampoco las «interpretaciones de largo alcance»²³, es probablemente la causa de que en el hispanismo anglosajón se produzcan también con frecuencia tratados de Historia de España con visión muy general. Pero su espíritu es especial: se trata de obras de encargo para ser integradas en grandes colecciones de historias nacionales emprendidas por editoriales de prestigio. Estas historias de España no son necesariamente obra de hispanistas reconocidos y son las que muchas veces «pueden conducir a generalizaciones que resulten difícil verificar apropiadamente con datos empíricos»²⁴.

Tras algunas síntesis pioneras como serían las de Hume o la de Butler Clarke, aparece la obra de Samuel Astley Dunham, el «Dr. Dunham», al que recogerá, discutirá y prolongará nuestro Alcalá Galiano²⁵. En el siglo xx, la primera síntesis a recordar, aunque no lo sea cronológicamente, es la de J. B. Trend, cuya primera edición es de 1944²⁶. En los Estados Unidos se publica en 1918 una Historia de España de

²³ S. BALFOUR: «El hispanismo británico y la historiografía contemporánea en España». En *España: la mirada...*, o.c., 164-165.

²⁴ *Ibidem*. Estoy convencido de que el bárbaro castellano exhibido por este texto no es imputable al autor británico, sino a su desconocido traductor.

²⁵ La obra de DUNHAM se titulaba *History of Spain and Portugal* y apareció en Londres y Filadelfia en 1832-1833 en 5 vol. A. ALCALÁ GALIANO escribió su *Historia de España y Portugal... con arreglo a lo que escribió en inglés el Dr. Dunham* en 1844-46 en 7 vol., en los orígenes mismos de la historiografía contemporaneista en España.

²⁶ J.B. TREND: *The Civilization of Spain*. Home University Library, 1944 (Oxford University Press, 1967). Esta obrita breve pero apreciable y muy pendiente de lo cultural, que llama a Francisco Giner de los Ríos «the first modern Spaniard» y acaba con la guerra civil, fue reeditada múltiples veces entre 1944 y 1963 y su segunda edición en los *Oxford Paperbacks University Series* es de 1967. Pero sólo dedica dieciocho páginas a la «Modern Spain».

Ch. E. Chapman compuesta sobre la *Historia de España y de la civilización española* de Rafael Altamira aparecida a comienzos de siglo, que llevaba un pequeño prólogo del propio Altamira, un tipo de empresa poco habitual ciertamente pero que mostraba la existencia de un público lector interesado²⁷. Los compendios de la historia española en el mundo anglosajón no han cesado de producirse desde entonces —Livermore, Rea Marcha Smith, George Hills— hasta llegar a las modernas historias de Stanley G. Payne y a las ceñidas a la historia contemporánea del propio Payne, de Raymond Carr, etc.

Pero parece claro que el punto fuerte del hispanismo británico ha sido la historia española del siglo xx, especialmente en su segunda mitad arrancando de los años treinta y su punto nodal se ha fijado en la historia política de la guerra civil y de los tiempos posteriores. Obviamente, ello no oculta ni descarta la existencia de otro tipo de estudios importantes e interesantes. Es evidente que el eco intelectual, político y moral de la guerra civil fue en las Islas Británicas muy fuerte y el debate que produjo fue tal vez mayor que en Francia, por la razón de que la opinión británica estaba más dividida que la francesa, que de forma mayoritaria abrumadora era pro-republicana²⁸.

En la tradición anglosajona se encuentran obras antiguas y básicas del tipo de las de Prescott sobre los Reyes Católicos, la reina Isabel en concreto, de Lea sobre la Inquisición, del Dr. Dunham citado y los orígenes de la revolución liberal, los estudios sobre la crisis final del siglo xix y el regeneracionismo, de Cheyne o de Inmann Fox. Pero el momento fuerte del hispanismo allí se abre decisivamente con los trabajos sobre la España que vivió la guerra civil empezando por la clásica

²⁷ *A History of Spain. Founded on the «Historia de España y de la civilización española» of Rafael Altamira.* New York, The Free Press, 1918 (reed. 1965). Chapman era un profesor de Berkeley que vivió varios años en España donde tuvo un hijo al que puso de nombre Sevilla, por la ciudad en que nació.

²⁸ No parece que puedan suscribirse las cifras que aporta S. BALFOUR, *o.c.*, 168, tomadas de un texto de Tom Buchanan, según las cuales en 1939 un 72% de la opinión británica fuera favorable a la República y sólo un 9% a «los nacionales». Además de parecer esto bastante poco verosímil y congruente con la actitud británica global, hay que tener en cuenta que la operatividad de tal opinión pública fue prácticamente nula, puesto que el conservadurismo británico, instalado en el gobierno, la diplomacia y las finanzas, fue uno de los grandes apoyos del bando de Franco y causa muy eficiente de su triunfo. Pretender otra cosa es presentarnos una Albión de fábula que los escritos de Moradiellos, entre otros, han mostrado falsa. Ello no está en contra del hecho de que una «mayoría aplastante» de la intelectualidad británica, como de la francesa, y entre ella viejos hispanistas como J.B. Trend, estuviese a favor de la República.

ca obra de Gerald Brenan cuya edición británica fue de 1943. Brenan se convirtió luego, hasta su muerte en España, en uno de los mejores observadores del país. Los estudios sobre la guerra civil española tienen también en otro atípico hispanista muerto recientemente, Herbert R. Southworth, uno de sus mejores ejemplos. *El mito de la Cruzada de Franco* y los demás estudios bibliográficos de Southworth son hitos básicos en el conocimiento de la guerra civil en lucha siempre contra la ocultación franquista. De la misma forma es clásico su libro sobre Guernica. A propósito de todo esto, sería muy de justicia en este momento un recuerdo de Manuel Martínez, el anarquista español que fundó en París la editorial **Ruedo Ibérico**, la gran y benemérita difusora entre los años cincuenta y setenta del mejor conjunto de obras de hispanistas sobre la España de la República y la guerra civil.

Ni qué decir tiene, por muy conocido, que el elenco de estudios e estudiosos en el mundo de habla inglesa sobre los años treinta y la guerra civil española es tan nutrido e importante que yo mismo he hablado en otra ocasión anterior también de un «modelo anglosajón» de explicación de la guerra como «fracaso del reformismo republicano» que ha sido persistente y muy seguido. Además de los propios testimonios de guerra, como el de George Orwell o Franz Borkenau, deben ser mencionadas en este lugar las obras de Allison Peers, Thomas, Jackson, Payne, las de Malefakis y las monografías diversas del americano Brademas, de Preston y muchos autores de su entorno —Graham, Smith, Heywood—, Payne, E.H. Carr y R. Carr, Gibson y tantos otros.

En el caso *alemán*, ha sido quizás Walther L. Bernecker el historiador que más y mejores reflexiones ha hecho en tiempos recientes acerca de la significación de la historia española en la historiografía alemana. «A lo largo del siglo xx —dirá—, el hispanismo alemán se ha definido primordialmente como filología y lingüística, dando a la luz estudios sobre la lengua y la literatura españolas que han alcanzado renombre internacional... Los estudios históricos sobre España son bastante más reducidos, concentrándose, además, en determinadas fases de la historia, por ejemplo en el siglo xvi o en la guerra civil»²⁹. En efecto, la tradición alemana en estudios sobre la época del emperador Carlos V es bastante brillante y conocida —K. Brandt, P. Rassow— y las contribuciones de Puhle, Maier, Nagel, Petra Weber, los diversos trabajos sobre la guerra

²⁹ W.L. BERNECKER (ed.): *España y Alemania en la Edad Contemporánea*. Frankfurt am Main, Vervuert Verlag, 1992, p. 9. Libro que contiene una serie de interesantes textos de autores alemanes y españoles.

civil y la España de Franco de diversos autores, así como las relaciones entre los dos países, del propio Bernecker, prueban la segunda parte de su aserto.

El hispanismo alemán reciente en el terreno historiográfico ha girado en torno fundamentalmente de los mismos planos que el anglosajón, la guerra civil y la época de Franco, más el periodo de la transición. Se ha detenido con obras importantes, como la de Jürgen Dongues, en el desarrollo económico, o en determinados procesos sociales como la violencia, por obra de Peter Waldmann, pero el hispanismo alemán presenta además la particularidad también de encontrarse por lo común ligado en su funcionamiento y orientación muy estrechamente al conjunto de los estudios latinoamericanos, que incluyen el mundo americano hispánico, siendo todo este conjunto el objetivo de los centros de investigación más importantes del hispanismo alemán³⁰.

Los demás hispanismos o bien tienen un carácter menos prolífico y detenido o son sin más el producto de estudiosos que han actuado de una manera aislada. En el mundo anglosajón, galo y germánico, los estudios españoles tiene un carácter universitario preciso. En otros casos no existe, o es anecdótico, ese soporte institucional. Pero no deberíamos dejar de aludir a casos como el italiano, con autores como, en el terreno de la historia reciente, Giuliana di Febo, Gabriele Ranzato, Claudio Venza o Alfonso Botti, entre otros.

La dedicación de una vida entera de trabajo a la Historia española es la característica destacable de muchos de los grandes hispanistas, de los que serían casos destacados, pero no únicos, los británicos Carr o Preston, Elliott o Kamen, del norteamericano Payne, y de los franceses Bataillon, Bennisar o Perez. Hoy se presenta ya también cada vez con más frecuencia el estudioso y especialista de temas puntuales de la historia española que no determinan una trayectoria profesional completa o que tampoco implican una visión perfilada y comprehensiva de la historia entera del país, o de la historia contemporánea en concreto, que el propio autor no se plantea. Esto encaja en la variación misma que la práctica historiográfica ha experimentado en todos los países occidentales.

³⁰ Quisiera referirme aquí a una obra filológica como la dirigida en la Universidad a Augsburgo por Reinhold Werner que ha publicado importantes diccionarios de americanismos en la lengua española (colombianismos, uruguayismos, argentinismos) cosa difícil de encontrar en la propia España, en colaboración con el Instituto colombiano Caro y Cuervo.

Una cuestión que cabe destacar también es que el hispanismo alberga en sí empresas bien distintas y que con el paso del tiempo se han diversificado aún más en función también del progreso historiográfico. Desde el tipo de acercamiento primitivo a ciertas formas específicas de la cultura española, del folklore, la literatura, la antropología, las instituciones, que podían aparecer amalgamadas en la obra de un solo autor, la tendencia ha sido a que lo historiográfico propiamente se individualice cada vez más y se separe de lo literario. Así, la aportación británica o alemana ha sido esencialmente en el campo de lo histórico, mientras que la francesa aparece más diversificado.

También ha sido notable el cambio dentro de una historiografía que se interesó en principio por asuntos claramente culturales, evolucionó luego hacia la historia política y social —a lo que no fue ajeno la vicisitud misma española desde la guerra civil hasta finales del régimen de Franco— y vuelve hoy día al estudio de España con los instrumentos de la nueva «historia cultural» o socio-cultural, en la que ha incidido de manera evidente la orientación anglosajona de los *cultural studies*, aun cuando hoy parezcan éstos estar en un reflujo. Una orientación que destaca en este número Jean-François Botrel.

En fin, y como tercera caracterización de este cambio en las orientaciones del hispanismo, figura la creciente especialización de los estudios en su propia temática. En este sentido, deberíamos decir que es la Historia contemporánea española la que más interés ha seguido despertando, mientras se ha mantenido en una línea constante la atención a los grandes temas de la Historia Moderna como pueden ser la Inquisición, el Imperio y su carácter, los grandes reinados de la época o el caso americano en concreto.

El hispanismo internacional ha dado lugar desde antiguo asimismo a sus propias institucionalizaciones en sociedades de estudios, siendo la Hispanic Society americana un ejemplo preclaro de ellas, asociaciones de profesionales con reuniones científicas periódicas —los Congresos de hispanistas en Francia, por ejemplo—, centros de investigación a los que ya hemos aludido de prestigio antiguo y universal. Existen publicaciones específicas de historia y de hispanismo mantenidas en el extranjero, muy conocidas —el *Bulletin d'Histoire Contemporaine de l'Espagne*, *Revue Hispanique*, *Hispanic Review*, la alemana *Notas. Reseñas iberoamericanas*— y quisiera destacar, sobre todo, para acabar, el reciente y casi heroico esfuerzo de un conjunto de beneméritos hispanistas italianos, Claudio Venza, Alfonso Botti, Mario Mugnaini, Vittorio Scotti, al mantener viva y pujante una revista como *Spagna Contemporánea*.

3. La aportación

Con la perspectiva que concede una trayectoria de más de un siglo de estudios y estudiosos extranjeros en el mundo académico y universitario dedicados a España, no sería del todo difícil destacar y calibrar cuál ha sido la, en general, inmensa contribución del hispanismo al conocimiento de la realidad histórica española, política y de los más variados aspectos culturales, y marcar algunos hitos de su desarrollo. Parece, a la vista del repaso hecho a los hispanismos, que no estaría descaminada una caracterización de ellos que distinguiera tres claras etapas hasta la actualidad.

El primer hispanismo, fundamentalmente interesado en lo cultural, se habría desarrollado hasta los años treinta de nuestro siglo y, en particular, hasta la guerra civil de 1936. Los estudios españoles en el extranjero cambiarían en función de la guerra civil y del régimen represor que el resultado de ésta impuso, abriéndose una etapa con un predominio ahora de los estudios históricos versados sobre todo hacia lo político. La tercera y última época del hispanismo, la que trae con ella una importante renovación, una ampliación de su campo y sus fuentes y métodos y la expectativa, seguramente, de un cambio profundo en su significación, se abre en 1975 con la incorporación española al conjunto de los países constitucional-democráticos de Occidente y la normalización, por consiguiente, de su vida intelectual.

Es muy evidente que el interés por las peculiaridades y las creaciones de la historia española ha reflejado, como cabía esperar, el cambiante aspecto las vicisitudes mismas de esa historia, la resonancia de los sucesos españoles, los momentos críticos, con relación especialmente al siglo xx, bastante más que la propia naturaleza y evolución de lo que son específicamente producciones culturales españolas. Quiere esto decir, entre otras cosas, que la atención por el «caso de España» ha sido mucho más reclamada por situaciones de clara anomalía o de divergencia con respecto a Europa, como la guerra civil, que, digamos, por la plenitud de la poesía de la generación del 27 o por el surrealismo de Dalí. Ello parece perfectamente lógico, pero no es extemporáneo señalar que son los acontecimientos de la política, sobre todo, los que han determinado la atención de los estudiosos extranjeros y no sólo de los estudiosos de la política misma.

Cabe así hablar de que si, en los tiempos contemporáneos, la primera oleada de atención a España se debe a la sensibilidad romántica, tal época romántica en pleno siglo xix puede tenerse por un precedente sólo de lo que significó realmente más tarde el nacimiento del his-

panismo. Y es que el nacimiento de la primera fase del hispanismo académico se relaciona él mismo con las convulsiones europeas del último cuarto del XIX y también con la quiebra política e internacional que supone el 98 español. Después, es indudable que los comienzos del siglo XX están marcados por un auge creciente a lo largo del siglo de los estudios españoles.

También lo es que el segundo gran momento del conocimiento de la historia española desde el extranjero es el marcado por la guerra civil, sus precedentes y sus consecuencias, y cabe decir que la España que aparece ante el mundo del hispanismo es ya absolutamente otra desde entonces y que esta vicisitud histórica reorienta la atención hacia la «España profunda» en lo social, lo político, lo económico y lo simbólico-antropológico, mientras pierde algún peso la España de las letras y el arte. No puede perderse de vista en momento alguno que el «aldabonazo» español verdaderamente decisivo en la Europa contemporánea lo da una guerra civil tardía en la historia europea de las revoluciones modernizadoras que asuela al país, y que ha condicionado la visión extranjera de España en la segunda mitad del siglo XX, incluyendo la propia visión de la *transición* de los años setenta, enormemente condicionada en el caso de los analistas extranjeros por lo que sabían de la guerra española de cuarenta años antes.

Así, en efecto, con ésta empieza un tercer momento reseñable de esa trayectoria, marcado por la desaparición del régimen de Franco y la incorporación plena del país a la nómina de los países democráticos de Occidente lo que, sin duda, entre otros efectos tiene y seguirá teniendo el del normalizar los estudios historiográficos realizados por estudiosos extranjeros dentro de un intercambio de tareas que hoy resulta normal en el mundo académico internacional, un intercambio al que los círculos de estudiosos de la propia España van incorporándose tímidamente. La transición posfranquista española se convirtió en su momento en un tema estrella en los estudios extranjeros y se detecta que la historia política fue no el único pero sí el descollante tema de esta atención.

En cualquier caso, debe señalarse paralelamente que en la época clásica del hispanismo, a saber, de finales del siglo XIX al final también de la guerra civil española, el interés intelectual por España desde el extranjero ha sido el reflejo de la pujanza nacional y nacionalista en Estados europeos que han buscado un contraste, una extrapolación, al verter su atención sobre una cultura como la española de brillante pasado y retrasado presente. El hispanismo tiene evidentemente una directa referencia a la historiografía nacionalista de diverso signo. No hay un

interés por la cultura española que no lo sea al mismo tiempo por la *nación* o bien los problemas de la nación española. Hoy ese contexto nacional está sujeto a revisión, pero también asistimos al reforzamiento de los neonacionalismos y al interés académico por el nacionalismo y ello cabe decirlo de forma muy clara en el caso de «los nacionalismos» en España.

Bien es verdad, de otra parte, que el desarrollo de los hispanismos clásicos no se comprendería tampoco fuera del contexto del enorme progreso de la misma práctica historiográfica a lo largo del siglo XIX en las principales naciones de Europa, un progreso que en su primera formulación académica llega a su plenitud a fines de ese siglo, cuando despegaba el hispanismo. Sin embargo, no debe dejar de notarse tampoco que habiendo sido Alemania el país por excelencia adelantado en la creación de una Historiografía nueva a lo largo del XIX y hasta las primeras décadas del XX, como ciencia y profesión, no fue aquel país el que se puso a la cabeza de ese movimiento de interés por otras culturas nacionales distintas de la propia. Es Francia la que capitanea tal movimiento y, en nuestro caso, el movimiento hispanista. La explicación de este fenómeno no debe buscarse sino allí donde hemos sugerido ya: el desarrollo del hispanismo está sujeto a un doble condicionamiento que, tal vez, con lo que se relaciona menos es con la propia vicisitud española —aunque también—.

Doble condicionamiento que es el del progreso de la Historiografía y de la Filología, como tales, pero también, de otra parte, el de la propia situación, perfil, y desarrollo político de los Estados europeos donde nacen los estudios extranjeros. A la cabeza tenían que ponerse Estados nacionales consolidados como Francia o Gran Bretaña. Los problemas alemanes impedían una situación análoga allí. Ello nos lleva a constatar igualmente que el hispanismo no nace propiamente en el seno de la historiografía académica, sino más bien en sectores relacionados con ella pero más especializados: entre archiveros, arqueólogos, especialistas en literatura o en arte. El momento decisivo será cuando el hispanismo alcance a entrar de lleno y a interesar en la academia. En Francia este momento lo representa como nadie la obra de Alfred Morel-Fatio.

El hispanismo es de una relevancia tal que seguramente la importancia de su aporte no es comparable con lo aportado a la historia nacional de ningún otro país, en el caso europeo al menos, por los extranjeros. Una de las claves pueden estar en la propia conformación del siglo XIX español, donde, mientras en los países principales de Europa nace con fuerza la nueva Historiografía en el conjunto de la preocupa-

ción por las investigaciones de la sociedad, la «investigación» misma está mucho más retrasada, aunque no haya faltado tampoco el nacimiento de una Historiografía nueva³¹. Con respecto a la historia de la literatura española, hace muy pocas fechas que José Carlos Mainer calificaba su construcción de «tan desastrada como lo fue, en general, nuestro siglo XIX». A comienzos del siglo XX, existían sólo historias de la literatura española escritas todas ellas por extranjeros: Boutewerk, Ticknor, Fitzmaurice-Kelly y Ernest Merimée, éste ya en 1908³².

Pero es que la escritura de la historia española del siglo XIX, especialmente su historia cultural, había sido cosa también de extranjeros en su mayor parte. Siguiendo con la cita de Mainer, traigamos a colación un texto de Baroja que es citado también por el mismo autor en el que aquél dice: «No tenemos una historia de nuestra vida pasada, ni una historia de nuestra arquitectura: el país donde han nacido los más grandes pintores del mundo no tiene ni siquiera un manual completo de la historia de la pintura española escrito por un autor español».

El panorama respecto de los años treinta y la guerra civil no es menos revelador, bien es verdad que en este caso concurre una excepcional circunstancia: la real prohibición impuesta por el bando vencedor de *investigar* la historia de la guerra, para la que, sin embargo, existían dos fondos documentales impresionantes, el del Archivo Histórico Militar y el del que se llamó Fondo de Recuperación Documental, en Salamanca, origen del actual Archivo Nacional sobre la guerra civil, el empeño en el desmantelamiento del cual por parte catalana sigue bastante vivo. Un juicio como el de un historiador alemán, Walther Bernecker, buen conocedor de la historiografía española, es indicativo: «durante largo tiempo una parte esencial de la literatura española acerca de la guerra civil —sean cuales sean las causas— ha sido escrita en el extranjero y por extranjeros. Este hecho, no siempre de buena gana registrado en España, ha experimentado en los últimos años una clara modificación». La apreciación, hecha en 1980, no puede ser más justa, es cierto; no obstante, las causas de esa situación no fueron «cuales fuesen» sino unas bien concretas a las que ya hemos aludido³³.

³¹ M. MORENO ALONSO: *Historiografía romántica española. Introducción al estudio de la Historia en el siglo XIX*. Sevilla, Universidad de Sevilla, 1979.

³² En *El País*, 11 diciembre 1999, Suplemento *Babelia*, p. 12.

³³ W.L. BERNECKER: *Colectividades y revolución social. El anarquismo en la guerra civil española, 1936-1939*, Barcelona, Crítica, 1982, p. 9.

No cabe duda, en definitiva, de que la aportación del hispanismo, sobre todo en ciertos sectores que incluyen el descubrimiento de fuentes, el rastreo de las poblaciones más antiguas de la Península, los estudios pioneros sobre algunas grandes instituciones o corrientes —piénsese en la Inquisición o en el erasmismo—, la llamada de atención sobre fenómenos no bien percibidos siempre por quienes se encuentran inmersos en ellos, el interés por viejos rastros patrimoniales —el «descubrimiento» de La Alhambra de Granada como joya arquitectónica— y otros muchos extremos en los que los viajeros extranjeros han tenido un papel esencial también³⁴, es tan considerable que sería imposible detenernos aquí en ningún intento de enumeración.

Pero otra cosa, mucho más problemática, sin duda, es la «interpretación de España», en expresión de Waldo Frank, que estos hispanismos han ofrecido, cuestión sujeta a valoraciones de muy diversa conclusión. Y es que cabe preguntarse desde la raíz: ¿la condición de *observador en medio de la tribu* concede a quien desempeña semejante papel algún especial privilegio intelectual, primordial, alguna intuición, «descentración» o «distanciamiento», que tanto recomendase Piaget para todo científico social, que nos permita hablar de una superioridad sobre el propio indígena inmerso en los hechos? No hay coincidencia en la respuesta. El observador externo tiene ventajas en su distanciamiento, pero corre severos riesgos por su desubicación.

Es innegable, de todas formas, que la España moderna y contemporánea ha llamado la atención esencialmente por su discordancia con Europa, al menos en principio. Por ello su «descubrimiento» contemporáneo ha sido muchas veces cosa de etnólogos, folkloristas o artistas. Un descubrimiento deslumbrado muchas veces por su trayectoria particular, por sus perfiles exóticos, por su pasado y por la ruptura con él y la «decadencia», por el «microcosmos» que la España del siglo xx en especial representa como universo a escala reducida y localizada de fenómenos, procesos, conflictos, luchas y violencias, que se van a dar en otras partes del mundo o en todo el mundo pero que en España se adelantan o se producen con un ritmo peculiar.

Algo de esto lo he afirmado ya anteriormente para el caso de la guerra civil con su significado entendido en el mundo como enfrentamiento entre

³⁴ Acaba de reeditarse, por cierto, la inmensa obra recopilatoria de los viajes por España en todos los tiempos, la realizada por J. GARCÍA MERCADAL (ed.): *Viajes de extranjeros por España y Portugal, desde los tiempos más primitivos hasta el siglo xx*. Valladolid, Junta de Castilla y León, 1999, 5 vol.

democracia, fascismo y comunismo, pero estoy seguro de que esa percepción es extrapolable a otros procesos, muy españoles y muy universales: la presencia de reiteradas dictaduras, la proximidad de una revolución proletaria, el salto inducido a la sociedad industrial, la transición a la democracia «a la española», etc.

¿Por qué se ha producido tan prolífico hispanismo? En buena parte, las razones están ya dichas pero la respuesta no puede ser más que tentativa. Y entre esas tentativas, sería engañarnos no pensar que algún papel juega la propia debilidad de la ciencia española... Yo me inclinaría a resumir que en el siglo XIX interesa en Europa un país que siendo tan cercano ha perdido el ritmo del progreso de las naciones más desarrolladas, o así se lo percibe. Estas naciones empiezan a estar interesadas en el pasado cultural español, el Siglo de Oro en especial, el Imperio de América, las huellas árabes y las reminiscencias persistentes del pasado... En el XX, España interesa por divergente o por adelantada, pero siempre por parecer un observatorio privilegiado.

4. Hispanismo y renovación

Decía John Elliott, en una entrevista muy reciente, que ya no son necesarios los hispanistas³⁵. Entendida como halago, esa opinión es de agradecer. Como opinión científica, refleja el evidente cambio que en la situación de la historiografía española se ha producido de un tiempo a esta parte y quizás el cambio en la propia concepción del hispanismo que se está produciendo, hecho resaltado justamente por alguien como Elliott uno de los más importantes hispanistas del momento. Como transcripción de la situación realmente existente, la opinión es tan matizable como lo sería la contraria. El *hispanismo* es un fenómeno que tiene, como hemos visto, su propio significado y explicación histórica y que ha estado sujeto a una cambiante trayectoria. Hagamos, para concluir, unos comentarios sobre estos extremos.

Sin duda, el hispanismo *clásico* nacido en el XIX y prolongado casi hasta hoy mismo, identificable en la inmensa mayoría de los casos con la *hispanofilia*, y el tipo de aportes rendidos por él al conocimiento de la cultura en general y de la historia española en particular, es algo, según la común opinión, en claro trance de modificación profunda por muchas razones. La primera, tal vez, la más profunda y general, obedece a que

³⁵ En *Complutense*, diciembre 1999.

esa forma de historia e interpretación de culturas que no son la propia estuvo profundamente ligada al quehacer sociológico y filológico nacido con el auge imparable de los Estados modernos, los Estados nacionales europeos, y, desde luego, con el propio nacionalismo. El hispanismo era un producto de expansión nacional en cada país. Hoy no es posible verlo así en el panorama internacional.

Además de que la competitividad, la colaboración y el contraste en los estudios de Historia y otras ramas donde se desarrolla el hispanismo, han cambiado profundamente en las relaciones científicas internacionales, existen corrientes serias que buscan la superación o, al menos, la huida del encorsetamiento que supone el desarrollo de los estudios sociales en el marco siempre de las *nacionalidades*. Las tendencias de la historiografía a desbordar ese marco de las historias nacionales se apuntan y se desarrollan y, aunque habrán de superar dificultades claras de diversos órdenes, atienden a hacer *historias transnacionales*³⁶.

Por ello mismo, los hispanismos se encuentran en revisión, con tendencia a dejar de ser estudios de una cultura cerrada para entrar de lleno en el terreno de los análisis comparativos de envergadura e interesarse por las tendencias a una historiografía que no ciñe la conceptualización social y territorial al espacio de las naciones-Estado, sino que pretende desbordar ese marco. La historiografía tiende a presentarse cada vez más en un marco comparativo y comparatista, pero con una concepción de la comparación que poco tiene que ver con el viejo espíritu del observador que visita otra tribu.

Una razón más, por poco que quiera valorársela, es el propio cambio experimentado por la historiografía en España, su mayor pujanza, el muy superior número de investigadores y de centros de investigación, su relación mucho más frecuente con la investigación extranjera, entre bastantes otros detalles. Si nuestra indagación se orientara en el sentido de preguntar a qué se debe la persistencia de una cierta indigencia española en el pasado, lo menos que puede decirse es que hoy han desaparecido las causas objetivas, materiales, que podían explicar tal indigencia, aunque es evidente que una tradición nueva no se improvisa. Sigue existiendo, por ejemplo, una acusada timidez española para adentrarse en estudios de otras culturas.

La fecha de 1975 marca en esto como en otras muchas cosas una divisoria. Se ha señalado, con bastante razón, que desde el advenimiento

³⁶ Dos volúmenes ha dedicado a ello la revista salmantina *Estudia Historica. Historia Contemporánea*. (Salamanca) vol. 16 y 17. 1998 y 1999.

de la democracia todos los hispanistas pretenden mostrarnos la imagen de normalidad del desarrollo histórico español³⁷. Cosa, por lo demás, que no es en absoluto atribuible sólo a extranjeros... La absoluta permeabilidad de los mundos académicos español y extranjero, la libertad plena de trabajo, las posibilidades de publicación en España, que en modo alguno se corresponden recíprocamente —fue muy difícil, por ejemplo, publicar algo sobre la guerra civil hecho por españoles en su cincuentenario, mientras se traducía a viejas momias—. El hispanismo, como reconocen los propios hispanistas, es ya una labor que no se puede llevar a cabo fuera del contacto con el mundo historiográfico español. Pero en modo alguno ha disminuido su importancia tanto en volumen como en aportes de calidad; sólo que sus tendencias se han reorientado.

Algún temor, no obstante, podría aún inundar nuestros espíritus en relación con la desaparición de una vieja frontera en razón de la «calidad» entre los estudios extranjeros y los estudios autóctonos sobre España. Frontera siempre sinuosa, no siempre visible en la realidad, en lo que el hispanismo histórico ha significado. Nuestro temor debería fundamentarse no ya en la timidez aludida sino en la inconmensurable, y quien sabe si inagotable, *papanatería* española, afección vieja de una cultura minada casi siempre por un arraigado provincianismo, desde la Ilustración para acá al menos, que no deja de seguir gastando malas pasadas en cuanto a la normalización de esta relación *con el otro* que mira nuestras cosas.

El provincianismo intelectual español en el siglo xx ha creído comúnmente que el extranjero poseía siempre en cuanto que observador e intérprete de nuestra vida como pueblo algunas cualidades de juicio —no sabemos bien si innatas o adquiridas— para poder juzgar mejor de la que lo harían nunca los propios implicados. Algo que ha sido aludido ya antes aunque en tono menos crítico y autocrítico. El privilegio que concede la «descentración» solemos concederlo sin exigencias ni pruebas previas a quienes venían de fuera y sólo por el hecho de su procedencia. Este privilegio que podría pensarse que es epistemológico (i), del extranjero para «saber» de las cosas de España no está poco relacionado con nuestro profundo cainismo, sobre el que tan profundas reflexiones hiciese José Jiménez Lozano.

Lo que un español contaría o facilitaría a un extranjero que indaga y pregunta por nuestras cosas, «recomendado» por los amigos, jamás lo diría a un compatriota precisamente por el hecho de serlo, por altanería,

³⁷ Irene CASTELLS en *España: la mirada...*, o.c., 53, donde se hace una referencia explícita a la síntesis reciente de Joseph Perez.

desconfianza o desprecio, o por envidia. Bien es verdad que las propias vicisitudes y consecuencias de nuestras locuras fraticidas tienen mucho que ver con esto. ¿A qué compatriota habrían contado los testigos y los pequeños protagonistas del asesinato de Federico García Lorca en el verano de 1936, las cosas que mis paisanos de Granada contaron en su investigación a Ian Gibson³⁸?...

«Lo extranjero» sigue teniendo aún entre algunas gentes cierta patente de calidad que no necesita demostración y es para éstas —y no hablo en absoluto de iletrados, sino de todo lo contrario— una garantía de superioridad sobre lo autóctono, sobre todo cuando hablamos acerca de nosotros mismos. Esta sutil, al tiempo que grosera, situación puede tener cierta influencia negativa en la resolución de los *hispanismos*, como deben serlo, en labor de colegas foráneos, no mejor preparados ni situados que los autóctonos para colaborar en una empresa importante. Lo cierto es que los progresos de la historiografía española no acaban de alejarse en forma alguna de esta forma de *papanatismo* ibérico, que se deshace en el elogio y sobrevaloración de todo extranjero por el hecho de serlo, al que se atribuyen grandes y relevantes empresas con olvido y menosprecio de las cosas que se hacen dentro.

Puede en la España de hoy, por ejemplo, dársele con todos los honores, y con toda justicia, dicho sea de paso, a un ilustre hispanista los máximos premios en las Ciencias Sociales que el país otorga, los mismos honores y premios que los *cainitas* españoles, en forma de políticos y de «intelectuales» de cualquier signo (tanto vale...), han estado negando sistemáticamente, a un cierto historiador del país que ha hecho progresar la historiografía más que cualquier extranjero honrado y premiado, pero que por ser «paisano», y políticamente comprometido, tiene enemigos³⁹. Y lo que *veredes*... Aquel «yo te conocí ciruelo...» del proverbio popular nos acompañará seguramente todavía en el siglo que comienza. Sigue siendo de mucha importancia, por tanto, crecer menos pendientes de los ciruelos de nuestro entorno y viajar, viajar, lo más que se pueda.

³⁸ I. GIBSON: *La represión nacionalista de Granada en 1936 y la muerte de Federico García Lorca*. París, Ruedo Ibérico, 1971. En la introducción dirá: «al llegar poco a poco a entablar amistad con los intelectuales y artistas granadinos a quienes había sido recomendado, varios de los cuales habían conocido muy bien a García Lorca, noté que se hablaba cada vez con mayor libertad en nuestras conversaciones del asesinato del poeta... Ya se sabe, añadamos, que en España todo es caso de «recomendación».

³⁹ Si ello fuera preciso, el autor del texto puede ilustrar con nombres propios estos asertos a petición de cualquier lector interesado.